

Universidad APEC



SERIE DISCURSOS DE GRADUACION

Septiembre, 1985

Prof. Manuel A. Garcia Arevalo

—Orador Invitado—

ediciones UNAPEC



PRESENTACION DEL ORADOR INVITADO A LA DECIMA OCTAVA GRADUACION, PROFESOR MANUEL A. GARCIA AREVALO A CARGO DEL DR. LEONEL RODRIGUEZ RIB, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD APEC, EL DIA 27 DE SEPTIEMBRE DE 1985.

Desde hace algunos años es costumbre que en los Actos de Investidura anual de esta Universidad, ocupe la cátedra un Orador Invitado que ofrezca, en ocasión tan solemne, una disertación de su especialidad. Sin embargo, el Rector, antes de presentar al disertante debe dejar un mensaje breve y resumido a los graduandos. Trataré de cumplir ambos cometidos.

Se cumplen hoy 20 años del inicio de la docencia en esta Casa de Estudios. Y por ello hay júbilo especial en nuestra comunidad académica. Es UNAPEC una institución joven, pero madura. Con paso calmado y firme ha ido cubriendo diversas etapas de la educación superior: carreras post-secundarias de 2 años; licenciaturas, programas de post-grado y maestrías. Lo ha hecho con esfuerzo, con recursos limitados, instigada por su sentido de excelencia. Pueden ustedes, graduandos, sentirse orgullosos de recibir los títulos a que cada uno es acreedor de manos de esta Universidad. Y es obligada ocasión para rendir homenaje de reconocimiento a cuantos han hecho posible la creación y consolidación de este instrumento de la cultura dominicana que es UNAPEC. E igualmente a los fundadores y pioneros que abrieron la Institución, con sabiduría, al planear detenidamente la institución, a quienes fueron responsables del paso al nivel universitario tres (3) años después de la apertura y a aquellos a quienes debe la Universidad su situación actual de madurez, de encuentro de identidad, de conciencia

de renovación permanente. Son muchas personas que no puedo enumerar.

A todos ellos, gracias por su esfuerzo y por su vocación de servicio. Gracias también, en esta ocasión, a la comunidad nacional, la verdadera madre de UNAPEC, porque instituciones como ésta nacen y se desarrollan cuando la necesidad social así lo determina.

Ustedes, jóvenes graduandos han tenido la oportunidad de cursar sus carreras en esa institución ya madura, probada por el tiempo, justificada en su existencia. Pero se reciben ustedes de profesionales en un año particularmente problemático para la nación dominicana; un año que inicia un período histórico que pondría a la prueba la condición del dominicano como pueblo sabedor de que es dueño de su destino. Se habla de crisis económica, de enormes endeudamientos, de encarecimientos brutales. Sin embargo, no son esos los males peores. Nuestra crisis es un reto cultural que envuelve valores que no pueden sucumbir, situaciones nuevas que es preciso encauzar. Tiempos son estos de replanteo colectivo de metas altas, de reflexión vital del pueblo mismo. Debemos plantear la crisis como un reto, reflexionar y replantear nuevas metas. Y ustedes, graduandos, por ser hombres dominicanos, por ser graduandos universitarios están constreñidos históricamente a participar en el gran proceso.

La meta es salvar el patrimonio nacional y valernos de él para la creación de una nueva sociedad. En primer lugar, el patrimonio de los valores de nuestra cultura, amenazados por lo exótico y por el consumismo, por la superficialidad y por el desarraigo.

El patrimonio de nuestra dignidad como personas, amenazada por el verbalismo, la superficialidad, la agresión social de todos contra todos. El patrimonio de nuestra condición racional, atacada por la masificación, por la oferta de paquetes de fórmulas falsamente salvadoras. El patrimonio del sentido comunitario, puesto en jaque por el individualismo, por la actitud egoísta de resolver lo personal y propio a toda costa. El patrimonio de nuestros recursos naturales. El patrimonio de nuestra libertad, de nues-

tra convivencia, de nuestra identidad porque sólo son libres las sociedades que se conocen a sí mismas, se respetan a sí mismas y traban sus relaciones en el respeto, la solidaridad, el trabajo. Y así son prósperas y son felices.

El análisis de lo que es nuestro patrimonio podría ser más largo. Sólo quiero expresar ante ustedes que es exitante pensar en esas dimensiones. Y ubicar en esta perspectiva un grado profesional. El que ustedes reciben, queridos graduandos. Su nueva condición de profesionales les ofrece una herramienta personal más sofisticada para el laboreo de esa nueva sociedad, la que debe seguir a la sociedad de la crisis.

Entre lo más valioso que tiene el hombre están sus actitudes y motivaciones. La actitud reflexiva y crítica, la actitud de trabajo, la actitud de querer triunfar son la dinámica del triunfo. Tanto social como individual.

Ese es nuestro apretado mensaje: siéntanse hombres libres y comprometidos; sabedores y conscientes de que son parte de un pueblo en marcha con metas que alcanzar, el dominicano. Porque son seres libres, inteligentes y reflexivos pueden ver el futuro con optimismo. Su futuro personal y el futuro de su nación, porque ambos están indisolublemente unidos.

La agresión social a que me referí antes debe convertirse en fuerza común, en dinámica participación, en unión que supere diferencias, que venza apatías, que sepulte parasitismos y marginaciones. Porque la lucha por la justicia requiere grandeza de alma y la conquista del bienestar es camino tedioso. Ver la dificultad como un reto y disponerse a enfrentarlo es el papel del optimismo, que no es un sentimiento simplón, sino la actitud más viril y humana, la que más llena el alma del hombre siempre buscador de lo difícil y hermoso, de lo que parece inalcanzable y cuya consecución le satisface y le llena.

Sobre el pueblo dominicano, su identidad y la crisis nos hablará nuestro orador invitado, el Prof. Manuel García Arévalo, uno de los que compuso el primer grupo de alumnos hace 20 años. Reúne García Arévalo la doble condición de hombre de negocios e investigador científico. Por la síntesis de su curriculum que leeré adelante podrán notar que es un hombre joven, traba-

jador y de gran responsabilidad comunitaria. Estudioso permanente, jovial; de los que no se agobian en el problema, sino que se fijan alcanzar la solución. Como deberíamos ser todos.

Manuel Antonio García Arévalo nació en Santo Domingo el 6 de noviembre de 1948. Estudió en el Colegio Dominicano de la Salle, el Instituto de Estudios Superiores (UNAPEC) y la Universidad de Michigan, en la actualidad estudia la carrera de Historia en la Universidad Católica de Santo Domingo.

Es Vice-Presidente-Administrador de la Embotelladora Dominicana, C. por A. (Seven-Up), además Miembro de la Junta Directiva del Banco de Reservas de la República Dominicana, Vicepresidente de la Compañía Quisqueyana de Seguros, S. A. y de Azúcar Líquida, S. A., así como Miembro de otras organizaciones empresariales.

En adición a su actividad en la esfera de los negocios y las finanzas, se ha destacado en el área de la investigación arqueológica creando la Sala de Arte Prehispánico auspiciada por la Fundación García Arévalo, Inc. institución que también ha patrocinado una importante serie editorial sobre temas históricos y antropólogos dominicanos.

Ocupó el cargo de Director de Investigaciones Científicas del Museo del Hombre Dominicano. Es Presidente del Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, es Miembro de la Academia de Ciencias de la República Dominicana, Profesor Honorario de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia, Co-Director del Museo Arqueológico Regional de Altos de Chavón, Miembro del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica; Miembro de la Convención Nacional para la Celebración del 5to. Centenario del Descubrimiento de América, Miembro del Consejo Directivo de la Oficina de Patrimonio Cultural, Presidente del Consejo Directivo de la Oficina de Patrimonio Cultural, Presidente del Consejo Directo del Centro Nacional de Artesanía (CENADARTE) y Miembro de otras varias instituciones culturales y de enseñanza superior, entre las que se encuentra nuestra Universidad de cuya Junta de Directores participa.

Ha representado al país en congresos y seminarios internacionales y ha publicado trabajos especializados sobre la prehistoria y la cultura dominicana, es asiduo colaborador de la prensa nacional y conferencista sobre temas de la especialidad.

Con orgullo dejó con ustedes, a nuestro egresado, el Lic. Manuel Antonio García Arévalo, nuestro Orador Invitado.

**"PALABRAS DEL SEÑOR MANUEL A. GARCIA AREVALO
EN LA GRADUACION CORRESPONDIENTE AL
VIGESIMO ANIVERSARIO DE UNAPEC**

Señoras y Señores:

Resulta un gran honor para mí aceptar la invitación que me hicieron el Dr. Leonel Rodríguez Rib, Rector de esta prestigiosa institución, y los demás compañeros de la Junta Directiva de UNAPEC, para que ocupara la tribuna del orador invitado en esta solemne graduación, que coincide con la celebración del 20 aniversario de nuestra universidad.

En estos momentos acuden a mi memoria los días juveniles en que hace casi 20 años estudié en el Instituto de Estudios Superiores, hoy UNAPEC. Lo mismo hicieron mi esposa Ana María y mi hermana Margarita, y otros cercanos miembros de mi familia. Tanto ellos como yo le debemos nuestra educación profesional básica a esta universidad. Es por eso que participar en un acto de tanta trascendencia como este es para mí de gran satisfacción y posee un singular significado, lleno de gratos recuerdos y de una imperecedera gratitud con la institución que hoy nos acoge.

La invitación para que les hablara en este día vino acompañada de la sugerencia de que tratara un tema de gran interés en la formación de la conciencia nacional dominicana: el Indigenismo. Sin embargo, además de abordar este tema, quiero aprovechar la oportunidad que se me brinda para hablar igualmente de otros tópicos del acontecer actual que entiendo son apropiados para la ocasión y el momento en que vivimos.

Indigenismo e Identidad Nacional

Ahora bien, para hablar del sentimiento indigenista en Santo Domingo hay que remontarse forzosamente a la época comprendida entre mediados y finales del siglo XIX, que es cuando se produce en el seno de la sociedad dominicana una angustiada y profunda reevaluación del pasado autóctono, con fines de legitimar las raíces ideológicas que sustentaban la nacionalidad.

Los dominicanos de entonces, al igual que otros muchos hispanoamericanos, necesitaban de una fórmula propia, con apego a la originalidad del escenario americano, para expresar que eran distintos a los dominadores extranjeros, tanto en los rasgos fundamentales de su fisonomía como de su carácter. En el caso de la República Dominicana del siglo XIX, los dominadores fueron los "negros haitianos" y los "blancos españoles"; por tanto, teníamos el legítimo derecho a manifestarnos de forma diferente a ellos.

En esa búsqueda tenaz y en esa defensa valiente de lo que pudiéramos llamar: "lo dominicano", surge un término que revelaba una idealización, pero de gran contenido telúrico y sentimental: el gentilicio "indio".

Era esta una fórmula utópica pero funcional. Se necesitaba entonces revalorizar la vocación nacionalista, se precisaba acuñar un término que representara la unidad ideológica y étnica de todo el pueblo, con el fin de lograr una autodefinición integracionista. Así cobró vida la palabra "indio", para denominar el crisol racial y cultural que los dominicanos encarnamos.

Desde entonces, el Indigenismo, que nació como un movimiento nacionalista, se ha hecho sentir con fuerza en la literatura, en las artes plásticas y en casi todas las manifestaciones de la vida nacional.

La raza autóctona de Quisqueya, los personajes que protagonizaron la Conquista y sus hazañas han sido idealizados por escritores y artistas. Los poetas han exaltado en sus versos las acciones de los rebeldes caciques, identificando a estos con las más puras expresiones de la libertad y la defensa territorial que profesa la nación dominicana.

El **Enriquillo** de Manuel de Jesús Galván y las **Fantasías indígenas** de José Joaquín Pérez son las más sólidas muestras de Indigenismo en la literatura dominicana, pero no son las únicas. De hecho, en los últimos años se ha verificado en nuestro país un elocuente renacer del Indigenismo, como lo prueban varias publicaciones recientes, que son el resultado de galardones obtenidos en concursos literarios.

Contrariamente a lo que ocurre con otros países americanos —donde aún hoy los aborígenes constituyen un componente sustancial de su población—, el Indigenismo no tiene para los dominicanos un propósito reivindicatorio en términos socio-económicos, como lo tiene en aquellas comunidades autóctonas que no han asimilado los aspectos generales de las culturas nacionales, tal y como lo consagró el Congreso de Patzcuaro, celebrado en México en 1940.

El Indigenismo en la República Dominicana significa, pues, la revalorización intelectual de nuestro pasado indígena. En nuestra isla, al igual que en las demás Antillas, la raza aborigen fue diezmada con mayor celeridad que en las zonas continentales, por razones históricas que son bien conocidas de todos. Aquellos dramáticos acontecimientos dieron origen a la encendida prédica de los frailes dominicos, a las Leyes de Indias y al nacimiento del derecho de gentes, hechos que dejaron honda huella en el ánimo de los dominicanos.

Sin embargo, aunque es poco o casi nada lo que perdura de sangre india en nuestros conciudadanos, la presencia del aporte indígena en nuestra cultura, silenciosa o difusa por su lejanía en el tiempo, siempre ha tenido lugar entre nosotros.

En su momento, la vinculación con el pasado aborigen cumplió en Santo Domingo una función mitológica: la de simbolizar el movimiento de unidad y soberanía en aquellos dramáticos días en que se forjaba la nacionalidad criolla. Se atenuaron así los enfrentamientos raciales, que como consecuencia de un pasado colonial esclavista asomaron en otras naciones americanas al producirse su emancipación; problemática contra la que tuvieron que luchar Bolívar en América del Sur, Lincoln en los Estados Unidos y Martí en Cuba.

El tiempo, empero, ha pasado y la visión romántica ha quedado atrás. El término "indio", con el que se identifica la inmensa mayoría del pueblo dominicano, fue acuñado al fragor de nuestras luchas separatistas, pero se ha visto cuestionado en los últimos tiempos por una nueva intelectualidad que presenta la sociedad dominicana como la síntesis de un profundo mestizaje, lo cual es cierto.

Otros elementos importantes que integran la génesis de nuestro pueblo son igualmente revalorizados en la actualidad, como es el caso del ingrediente africano en nuestra cultura y nuestra sangre.

Este componente ha venido incrementándose en la sociedad dominicana, como consecuencia de las recientes y numerosas inmigraciones de habitantes haitianos y de otras islas del Caribe, que desde principios de siglo han tenido lugar en la República Dominicana.

Hoy tenemos una clara conciencia de que la grandeza y realidad de lo dominicano no está precisamente en la determinación del pueblo de vincularse a la raza primigenia para buscar su autenticidad nacional, sino en ser el producto de una mezcla amplia y creadora de razas, culturas e influencias. Es esta característica lo que nos da una idiosincrasia propia, original y enriquecedora.

Pero volviendo la mirada a las fórmulas típicas del pasado, debemos comprender que en todos los tiempos el hombre se valió de símbolos para explicar muchos aspectos de su realidad circundante, por lo cual el término "indio" permanecerá en la conciencia nacional como evidencia de una armoniosa fórmula de expresión simbólica llena del contenido telúrico y la solidaridad social que otrora poseyó: el hecho de ser un ingrediente representativo de nuestra nacionalidad.

Los retos de la crisis

No obstante, hoy la diferencia que separa a los dominicanos, no es de carácter étnico-cultural, sino más bien de orden económico-social.

La vida nos plantea nuevos retos. El mundo atraviesa por una crisis económica profunda que afecta particularmente a América Latina. Nuestro continente carga con el tremendo fardo de una deuda externa de 360 mil millones de dólares, es incapaz de frenar el deterioro de los términos de intercambio de su comercio exterior y la voracidad de una inflación sin precedentes. Y esta crisis, por supuesto, abarca a la República Dominicana, como parte de ese todo que somos. En este sentido, los viejos problemas que nos aquejan se han visto reforzados y agudizados por los nuevos.

A pesar de los esfuerzos desplegados por las autoridades, persisten los males crónicos del desempleo y la extrema pobreza. El déficit alimentario nos obliga a importar cereales y grasas vegetales, leche en polvo y pescado. Todo parece una paradoja cruel en un país que el presidente norteamericano Ulises Grant, hace más de un siglo, calificó como el futuro "granero" del Caribe. Este país, como bien señala mi dilecto amigo, el Dr. Jorge Vásquez, Embajador de Argentina, no es tan pequeño como muchos creen, pues no sólo cuenta con 48 mil kilómetros cuadrados de territorio, sino con un clima que le permite obtener varias cosechas al año, a diferencia de lo que acontece en los países nórdicos, más extensos que el nuestro, pero que carece del fecundo y radiante sol tropical.

Esto quiere decir que deberemos multiplicar nuestros empeños para hacer de la agropecuaria una sólida fuente de producción para el consumo doméstico, incorporando cada vez más recursos a su explotación rentable, y transformándola en una proveedora de nuevas exportaciones que alivien nuestra deficitaria balanza comercial. La iniciativa del Presidente Reagan para la Cuenca del Caribe nos ofrece insospechadas oportunidades en este orden, junto al incremento del comercio con las islas vecinas de la región.

Cada año, el incremento demográfico y los movimientos migratorios rural-urbano acrecientan la demanda de viviendas, servicios de salud y educación. La concentración urbana ha convertido a ciudades como Santo Domingo y Santiago en áreas críticas, rodeadas de cinturones de miseria que se ensanchan y presionan por una urgente atención más amplia y pragmática.

Pero la realidad de nuestras limitaciones económicas conspira para que los mejores propósitos —como el que animó la construcción de los dos grandes proyectos habitacionales INVIVIENDA Santo Domingo y Santiago— culminen exitosamente.

En este sentido, creo que una concertación más activa del sector privado y el Estado, podría ser la clave para soluciones más realistas y duraderas. Es hora de que liberemos al Estado de la pesada carga que tradicionalmente le ha tocado y compartamos con él los esfuerzos para promover el desarrollo. La capacidad de gestión que se le reconoce al empresariado, junto a la vocación de servicio y poder discrecional de que dispone el Estado, deben hermanarse en una verdadera cruzada nacional de trabajo, que mire hacia el futuro con optimismo.

Si los dominicanos no nos liberamos de ese pesimismo medular que nos ha paralizado por tanto tiempo, si no cobramos conciencia de nuestra propia dimensión e importancia en la región del Caribe, si no abandonamos las estériles recriminaciones domésticas, vendrán otros a hacer lo que hemos debido hacer con nuestras propias manos, con nuestro talento e iniciativa. Y el país se irá desnacionalizando progresivamente y surgirán nuevas e inútiles lamentaciones.

Vivimos en un mundo cada vez más interdependiente, en el cual las fronteras van desdibujándose ante el influjo inexorable de las migraciones, la tecnología y el capital. Si no apreciamos que tenemos un rol que jugar, que debemos desplegar la imaginación para salir a flote y triunfar, otros vendrán a hacerlo por nosotros.

Los nuevos viejos problemas

Es cierto que hoy debemos pagar una deuda que varias generaciones de dominicanos identifican como un hecho desconocido en sus vidas. Pero no es menos cierto que en el pasado también atravesamos por situaciones semejantes, con resultados muy diferentes, a los de hoy.

Las deudas que nuestro país contrajo con prestamistas europeos llevaron a las intervenciones de buques de guerra de algunas de esas naciones en nuestras aguas territoriales. Era una forma de injerencia y presión imperial. La consolidación de la deuda externa y la firma de la Convención Domínico-Americana trajeron consigo el control de nuestras aduanas por parte de los Estados Unidos, como medio de garantizar el pago de la deuda. Y más tarde, en el marco de la Primera Guerra Mundial, la Ocupación Militar Norteamericana del 16 al 24.

Estos lamentables episodios socavaron la soberanía nacional y dejaron un saldo de penosas consecuencias hasta que, bajo la gestión de Trujillo, mediante la firma del Tratado Trujillo-Hull, la deuda fue saldada, el país recobró el dominio de sus finanzas y con ello la confianza de la comunidad internacional.

En el presente, aunque el país ha tenido que entrar en un proceso de negociación y establecer un convenio de condicionalidad con el Fondo Monetario Internacional para ajustar su economía a términos reales y pagar la deuda, las consecuencias no han sido de la naturaleza de las que conocimos en el pasado. Flamea enhiesta en su pendón la enseña tricolor, gozamos de libertades democráticas e instituciones republicadas, y el país se rige por leyes, no por las Ordenes Ejecutivas salidas de la bota militar extranjera.

La inflación y la devaluación monetaria son fenómenos que las nuevas generaciones desconocían. Trujillo hizo del peso dominicano un emblema de soberanía, asociándolo a los demás símbolos patrios, como la bandera, el escudo y el himno. Consagró por ley la paridad del peso con la del dólar norteamericano. Muchos dominicanos crecieron con la idea de que ese propósito era un dato incuestionable, sin reparar en el hecho de que la moneda es sólo un medio de cambio que expresa en su valor la solidez de la economía. Como sostenían los pensadores clásicos de la Economía Política, la moneda es una mercancía, la más universal de las mercancías, y en ella se refleja el valor real de las demás que se intercambian por su conducto.

Hoy, frente a la crisis, los dominicanos hemos tomado conciencia de aquel mito trujillista. Hemos aprendido que el peso no es invulnerable, algo que ya sabían de su moneda nuestros congéneres del Cono Sur, acostumbrados como están a cambios cotidianos en la relación moneda, precios y salarios.

En poco tiempo —a veces de un día para otro— la sociedad ha tenido que adaptarse a nuevos precios en los productos y servicios, a la devaluación de la moneda puesta a “flotar” frente al dólar y a la adopción de medidas compensatorias en el orden salarial. La rapidez de estos cambios ha generado, en su momento, fuertes tensiones sociales, que afortunadamente hemos ido superando dentro del amplio marco que brinda nuestra democracia.

Al parecer, en estos últimos meses, hemos llegado a lo que podría ser el tope de ese proceso. La tasa de cambio se ha estabilizado, y como bien ha señalado el Gobernador del Banco Central, Lic. Hugo Guilliani, hemos sido el único país en América Latina cuya moneda se ha revaluado. De igual manera, la inflación ha tendido a ceder, disminuyendo notoriamente en estos meses.

Estos resultados distan mucho de lo que sucedió en el pasado, cuando la devaluación monetaria y la inflación llevaron a la asechanza magnicida que segó la vida del Presidente Ulises Heureaux y se abrió un prolongado período de inestabilidad política.

Como hemos podido ver, nuestros nuevos problemas también tienen su historia. Y es que, como ha señalado el eminente ensayista y novelista venezolano Arturo Uslar Pietri, los pueblos hispanoamericanos no son tan jóvenes como suele creerse. Pronto arribaremos al medio milenio del encuentro de dos mundos, del choque de dos culturas, de cuyo crisol, enriquecido por otras etnias como las africanas, emergió la múltiple y singular fisonomía americana.

La conciencia de nuestro pasado, la certidumbre de que tenemos una historia, ha de servirnos de pivote para conocer mejor el presente, rechazando el pánico y planificando serenamente el porvenir.

Las viejas soluciones parece que han agotado su capacidad de dar respuesta a los nuevos retos.

Es imposible pensar que apoyándonos sólo en los mismos renglones de exportación que han sostenido desde hace más de un siglo nuestro comercio exterior, podamos acometer con éxito la superación de los estreñimientos del presente.

El aparato productivo nacional está condenado a diversificarse, a hacerse más eficiente y rentable. Y es aquí donde empresarios y Estado, profesionales y técnicos como los que hoy salen de estas aulas para engrosar el mercado de trabajo, tienen un reto formidable, para ofrecer soluciones innovadoras, prácticas y eficaces, que transformen nuestra sociedad y hagan más habitable la patria.

El historiador Arnold Toynbee afirmaba que los pueblos solamente se fortalecen a través de la adversidad. Y que cuando cesa la lucha, el arte y la moral pierden pureza. De ahí que es responsabilidad y compromiso de nuestra generación aceptar que la humanidad se encuentra enfrentada a uno de los retos más extraordinarios de la historia, pero también de que tenemos una de las más grandes oportunidades de luchar por la victoria del bien y de la razón.

Hace justo un siglo, en una ocasión tan solemne como ésta, cuando se graduaban los primeros maestros normalistas de nuestro país, el educador antillano Eugenio María de Hostos les decía a los graduandos:

"Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón."

Hostos abogaba entonces por la revolución educativa, exhortando a la formación de "un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia. . . y la barbarie".

En este sentido, el propio Maestro agregaba a su prédica las siguientes palabras:

"Ni el amor a la verdad, ni aún el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha

de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores, no desenvuelve la noción del derecho y del deber; la del derecho, para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral, desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida a la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la Humanidad”.

Hoy, a diferencia del pasado, esta sociedad cuenta con una rica gama de entidades educativas, centros de investigación e instituciones culturales. Posee miles de profesionales y técnicos bien entrenados y ávidos de hacer. Conjugando esos factores con los recursos naturales que la Provincia nos ha brindado, podemos enfrentar con éxito los retos del presente y asegurar con optimismo el porvenir, construyendo un mundo mejor, tal como reza justamente el lema de APEC.

Contribución de APEC al Desarrollo Dominicano

Al hablar del lema que enmarca la filosofía y los propósitos de APEC, no deberíamos dejar de reconocer en estos momentos —aunque sea de manera sucinta, dada la brevedad que nos impone el tiempo — el efectivo aporte de APEC al desarrollo integral de los dominicanos.

Esta institución, nacida hace apenas 20 años como un canal de eficaz contribución del empresariado nacional a la educación, ha sido pionera en muchos campos. En el crédito educativo, democratizando efectivamente el acceso de muchos dominicanos de recursos limitados a la enseñanza universitaria. En la investigación y la educación sexual, a través del Instituto APEC de Educación Sexual (INSAPEC), cuyos programas han llegado a más de 60 mil dominicanos. En la educación a distancia, que ha beneficiado a unos 80 mil educandos impedidos de asistir a la escuela en la forma tradicional.

Entre 1967 y 1985, hemos graduado 2,706 profesionales y técnicos en las ramas de Administración, Contabilidad, Secreta-

riado Ejecutivo, Electrónica, Dibujo Técnico y Publicitario, Decoración y Diseño. La Escuela de Idiomas ha servido a millares de alumnos que han visto ampliar sus horizontes con el manejo de nuevas lenguas.

Hoy, UNAPEC ofrece 22 carreras a 7 mil estudiantes, resultado de un esfuerzo permanente de diversificación de sus planes, en consonancia con su filosofía de brindar respuestas adecuadas a las necesidades de personal calificado que tiene nuestra sociedad.

Dentro de esta filosofía dinámica e innovadora, APEC ha agregado su más reciente proyecto, Promoción APEC de la Mujer (PROMAPEC), destinado a llegar a las mujeres de los barrios marginados, a fin de entrenarlas en un oficio y asesorarlas en la creación de oportunidades de empleo y de generación de un ingreso decoroso, que dignifique sus vidas.

De esta forma, APEC ha sido un instrumento idóneo del empresariado dominicano para hacer su aportación a la solución de los problemas nacionales, desde la plataforma revolucionaria de la educación.



